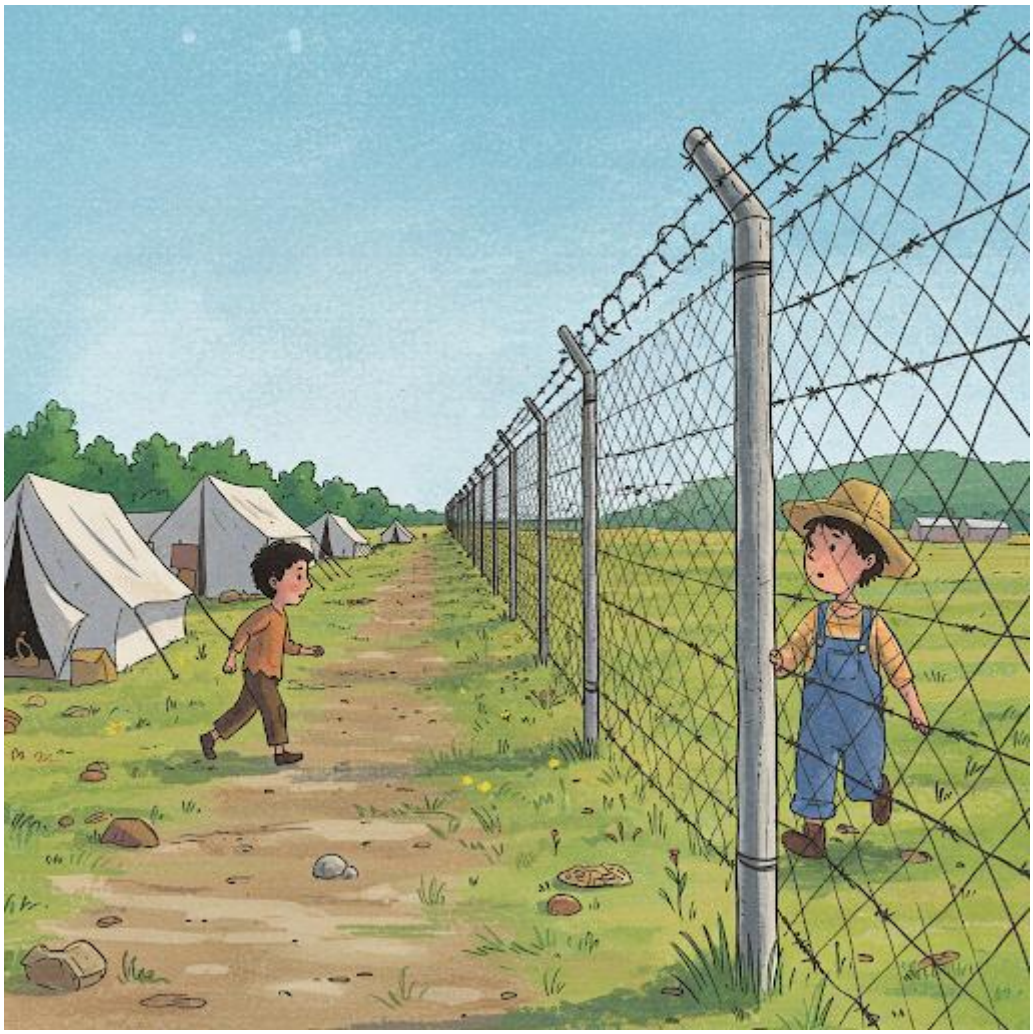
EL REFUGIADO

Elsa Cajiao

(Fragmento)



En un caserón agrícola, más allá de la franja árida donde la alambrada marcaba la frontera entre los dos países, vivía Vasil, un muchacho inquieto como un potro, dotado de un talento especial para meterse en problemas.

Uno de sus problemas dormitaba en ese momento prácticamente encima de su cabeza: una oca. Vasil la apartó de un manotazo.

—¡Ya está bien! —exclamó. Una cosa era compartir almohada con el polluelo adorable de los primeros días, y otra muy distinta con el robusto ganso en que se había convertido.

Se incorporó y fue a la ventana. Las primeras luces del día perfilaban el campo de hortalizas. Moría de ganas de ir a ver si alguien había conseguido saltar la valla, pero salir furtivamente de casa se había vuelto imposible desde la irrupción de la oca en su vida. Tanto si la dejaba en el cuarto como si la echaba fuera se ponía a graznar sin parar, desatando un pandemonio en el corral y sacando a sus padres de un brinco de la cama, fusil en mano.

El incidente que lo llevó a adoptar un animal tan vocinglero, posesivo y territorial ocurrió en la primavera. Como todos los chicos de su comarca, Vasil ayudaba a su familia en las tareas del campo, una de las cuales consistía en cuidar los huevos de oca: los giraba dos o tres veces al volver del colegio y una última antes de irse a la cama. Era también experto en detectar los hueros y hacer de partero.

El día del «dichoso» incidente había trasladado a dos ocas adultas al lugar previsto para el nacimiento. Con su indiscriminado instinto protector, sabía Vasil, ellas se harían cargo de la crianza de los polluelos, ya fueran diez o cien, suyos o de una vecina. Luego, mientras hacía lo mismo con los huevos a punto de eclosionar, uno se le escurrió de las manos y rodó cuesta abajo hasta el comienzo de un repecho.

Cuando por fin pudo bajar a recogerlo, al cabo de una hora, no detectó en el huevo señales de vida. No obstante, el polluelo sí había intentado romper el cascarón. En tales circunstancias, pensó Vasil, sin oír el piar de sus hermanos librando la misma

batalla ni a ninguna mamá oca animándolo a salir, era normal que se hubiera rendido.

Debió de ser una experiencia aterradora, se dijo, acariciando la cáscara con un dedo, como si le cerrara los párpados a un muerto.

Para su sorpresa, el polluelo resultó estar solo en medio de un descanso, y, al trasluz del huevo, lo vio reemprender con vigor su tarea de abrirse paso al mundo. La criatura, una indefensa bolita amarilla, le nació en el cuenco de las manos.

La bautizó Dana y la escondió en su cuarto. El secreto no duró más de unos pocos días por culpa de los incesantes píos.

El primer impulso de sus padres fue llevarla al corral, pero no tardó en flaquearles el corazón. ¡Había que ser un Gábor, el hijo de sus vecinos, para no enternecerse con aquel pomito amarillo siguiendo como una sombra a su muchacho!

Vasil se vistió de prisa y miró con rencor a Dana, ya en la puerta, impaciente por salir.

Aquel animal se le había pegado como un chicle. Resopló y, con un gesto de resignación, se dirigió al armario, de donde sacó un pañuelo negro. Lo extendió de un golpe seco y lo ató alrededor de la cabeza de la oca —todo el mundo por aquellos lares sabía que el mejor método para tranquilizar un ave era taparle los ojos.

—No te enfades —le dijo, echándosela bajo el brazo—. Cuando hayamos cruzado el campo volverás a ser libre para desgañitarte a gusto.

A pesar de la carga, Vasil atravesó el llano a toda carrera y descendió por los pedregales sin menguar el ritmo hasta rebasar el último campo labrado. Allí, entre unos matorrales, liberó a su amiga. Esta giró descontrolada como un trompo un buen rato en medio de las carcajadas de Vasil. Cuando se le pasó, se sacudió las plumas con un gesto como de quien dice: «¡listo, no ha sido nada!» y echó tras él con devoción ceremoniosa.

Empezaba a bajar una niebla espesa, extraña. Vasil no se arredró; al contrario, apretó el paso. Confiaba en estar de vuelta en su cama, haciéndose el dormido, cuando su madre fuera a despertarlo.

Pero las cosas no siempre salen según se las planea.